



DANIEL LINK

LA LECTURA:
UNA VIDA...

Colección Lector@s



LA LECTURA: UNA VIDA...

Lector&s
Colección dirigida por Graciela Batticuore

DANIEL LINK

**LA LECTURA:
UNA VIDA...**

Link, Daniel

La lectura: una vida... / Daniel Link. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand, 2018.

Libro digital, EPUB

ISBN 978-987-4161-11-6

1. Cultura. 2. Literatura. 3. Cultura. I. Título.

CDD 807

Colección Lector&s

Primera edición, Ampersand, 2017.

Derechos exclusivos de la edición en castellano reservados para todo el mundo.

Cavia 2985 (C1425CFF)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.edicionesampersand.com

© 2016 Daniel Link

© 2017 de la presente edición en español, Esperluette SRL, para su sello editorial Ampersand

Edición al cuidado de Renata Prati

Corrección: Renata Prati y Ana Hib

Diseño de colección: Thölon Kunst

Maquetación: Silvana Ferraro

ISBN 978-987-4161-11-6

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.

A mis maestros, a mis compañeros
de trabajo, a mis amigos.
Por fortuna hay muchos que ocupan
más de una de esas clases convencionales.

0. INTRODUCCIÓN

¿Qué tuve que leer para llegar a escribir este libro? O, mejor dicho: ¿qué es mi vida sino una sucesión de lecturas (mejor o peor hechas), que se enhebraron un poco por coacción, otro poco por azar, en todo caso por método?

Historiarlas ahora, por pedido de Graciela Batticuore, a quien le agradezco la amable encomienda, no es tanto una explicación de mí mismo sino el relato de *una* relación con la historia: el sentido que la lectura tuvo y tiene para una generación atravesada por el trauma. Y, sobre todo, un acto de justicia: confesar lo que he leído no tiene ninguna importancia, mejor es consignar quién me llevó a hacer esas lecturas y cómo esas indicaciones se transformaron, más tarde o más temprano, en una manera de leer y en una pedagogía.

La conciencia lectora (más allá o más acá de los contextos institucionales) es una pura corriente de conciencia pre-reflexiva (eso vendrá, si acaso, después). Una vida solo está hecha de virtualidades, de acontecimientos, de singularidades. Lo virtual no es algo que carece de realidad sino algo que *se compromete en un proceso de actualización* (que puede alcanzar su fin o no) siguiendo una línea de sombra: cada actualización es un acontecimiento (una experiencia, un paso de vida), pero aun cuando el aconteci-

miento no llegue, su carácter potencial vibra como pormenor lacónico de larga proyección. Una serie desordenada de lecturas se corresponde, así, con un conjunto de pormenores más o menos significativos.

No sé lo que soy, pero sé lo que he leído.

1. LOS AÑOS PREESCOLARES.

MI PAPÁ Y MI MAMÁ. MI ABUELA PATERNA

Algo de mí nació el 28 de agosto de 1959. No me atrevería a decir que ese día nació un “yo” pero tampoco un cuerpo. ¿Cuándo nace un cuerpo? ¿Cuándo nace una conciencia? Algo de mí comenzó a formarse ese día, bajo el signo de Virgo que, como todo el mundo sabe, forma lectores obsesivos y prolijos.

Ya me referiré a la composición de mi familia, y a las tradiciones con las cuales se enriqueció mi perspectiva, pero esa signatura astral primera no debe tomarse a la ligera. Nunca adherí a ningún tipo de pensamiento mágico, pero siempre supe, al mismo tiempo, que el pensamiento está modelado por la magia. En el “álbum de recortes del bebé” (que debe entenderse como el primer libro de mi biblioteca) mi mamá recortó y pegó prolijamente las características de mi signo, en las cuales me reconozco en un 75 % (para mi dicha, para mi zozobra). No se trata de una determinación estelar, naturalmente, sino de un efecto de discurso: algo de mí fue criado (cultivado) en la certeza de que yo sería de tal y cual modo: ¿cómo iba yo a liberarme de la magia del discurso, que hace cosas y conciencias con palabras? Leer, ser leído. Ser es ser nombrable y el primer nom-

bre que tenemos es siempre un nombre que nos viene dado: el nombre del padre, el nombre de pila, el nombre astral, los nombres culturales. Seguir leyendo, a lo largo de una vida, no es sino pretender desenredar esa madeja de nombres primitivos y de firmas cuyas circunvalaciones se pierden en el vértigo de los tiempos.

Mi mamá había sido, en su infancia, muy pobre. Es más: ella ni siquiera pudo ir a la escuela secundaria (completó esos estudios ya adulta) porque su padre había abandonado el hogar y, siendo la segunda hija, ella y su hermana mayor fueron las encargadas de salir a trabajar para garantizar el sustento de la madre y de los otros dos hermanos más pequeños.

Tan pobres eran esas niñas que, cuando querían jugar a maquillarse, frotaban contra sus mejillas hojas de higuera, provocándose urticarias instantáneas que podían hacer pasar por colorete hasta que el propio dolor y los gritos de su madre las sacaban de la mimesis cinematográfica de la década del cuarenta. Lo más urgente, en la mentalidad de una mujer abandonada con su prole, fue casar a sus tres hijas mujeres cuanto antes. El varón, que ella pensaba reservar para sus ensueños edípicos, decidió por sí mismo y un buen día se fue con una mujer que tenía dos nombres: el de su documento de identidad (que nadie en mi familia recuerda) y el de su profesión: Kathy, con k, con hache y con y griega.

Abandonada la primaria, mi mamá salió a trabajar con tan buena fortuna que pudo evitar el embrutecimiento del servicio doméstico. Nadie jamás me lo confirmó, pero sos-

pecho que pudo aspirar a puestos laborales de mayor respetabilidad por la deslumbrante belleza que la caracterizaba cuando joven y de la cual nunca fue consciente. El amante de mi abuela, a quien yo llamé durante muchos años el Nono Neistadt sin saber que su vínculo conmigo era apenas un ejercicio de voluntad y de hipocresía familiar, le consiguió a mi mamá una posición en una casa proveedora de telas al por mayor en la ciudad de Córdoba, con la que él tenía relaciones profesionales.

De turco en turco, mi madre fue haciéndose un camino profesional, al mismo tiempo que crecía y se volvía cada vez más bella, hasta llegar a parecerse, en su época dorada, a una estrella de cine italiano. Tenía pretendientes, claro. Ella decidió responder a los requiebros de un empleado de una estación de servicio por la que pasaba diariamente rumbo a su trabajo y al volver a su casa. Mi abuela objetaba esa relación no solo porque esperaba de sus hijas un destino mejor, sino porque el muchacho era simpatizante del Partido Comunista y le llenaba a mi mamá la cabeza con ideas raras, de acuerdo con las cuales la pobreza y los pobres eran especies que debían protegerse (o cosa semejante), lo que ofendía los anhelos de progreso social que en la familia circulaban como el mate cocido cotidiano.

Mi papá, cuando joven, era también de una belleza extraordinaria, a la que se agregaba el exotismo (en estas latitudes) de su pelo rubio y sus ojos clarísimos como un cielo matutino. Flaco como una estaca y bien proporcionado, respondía bien a lo que se supone la correcta descendencia de un matrimonio mixto formado por un padre bávaro y

una madre checa. Cuando joven remaba, lo que agregó tonicidad a un cuerpo ya naturalmente destinado a destacarse. Su padre, a quien yo no conocí, le había aconsejado siempre, refiriéndose a las nativas de esta tierra: "Nunca te cases con una *Schwarze*". Desobedeciendo ese mandato racista, él decidió unir su corazón a la más bella de las negras que se le cruzó por el camino, mi mamá, cuyos ojos enormes solo resultaban empañados por la perfección de su boca, la prominencia de sus pechos meridionales y la cintura de avispa que cultivaban las muchachas a mediados de la década del cincuenta.

Se conocieron en Córdoba, donde mi papá había sido destinado con licencia laboral para recuperarse de un accidente que pudo haber sido fatal. Quien con el tiempo iba a ser mi padre solía acompañar en sus noches libres a un amigo que trabajaba como proyectorista de largometrajes en una sala de barrio. Antes de que la automatización llegara a las máquinas proyectoras, el operador debía calcular, con una exactitud de décimas de segundo, el instante en que un rollo debía comenzar a correr para que la película continuara sin sobresaltos. Era previsible que, en una tarea tan intermitente y monótona, aquel joven requiriera la compañía de algún amigo. Mi papá lo acompañaba la noche en que se prendió fuego uno de los proyectores y, con él, las pilas de películas impresas en un material, como se sabe, altamente inflamable. El desdichado empleado de la industria cinematográfica murió incinerado y mi papá resultó con quemaduras en las manos, que había usado para cubrir su

cara cuando explotó no sé qué barril lleno de sustancias flammígeras que estaba en el lugar.

En mi recuerdo las manos paternas son una cicatriz continua, resultado de un largo proceso de recuperación durante el cual, seguramente, las tuvo vendadas la mayor parte del tiempo. Todas las noches las sumergía en vaselina por un rato, porque la piel nunca se le recuperó del todo.

Lo mandaron, pues, a Córdoba, en encomienda terapéutica. En un baile se cruzó con mi mamá. Habrá sido como la colisión galáctica de dos estrellas con órbitas distintas: la de ella, ascendente como la de una gigante luminosa; la de él, decadente como la de una enana blanca. En todo caso, dos esferas de plasma autogravitante de tal belleza no podían permanecer insensibles una a la otra.

A mediados de la década del cincuenta, las madres con pretensiones sociales solían acompañar a sus hijas a los salones de baile, para evitar la lubricidad de los muchachos, dispuestos, tanto ayer como hoy, a ponerla en cualquier agujero y después salir corriendo. No había censura moral en un cuidado semejante, sino financiera: la virginidad como dote matrimonial.

Bien pronto mi abuela se percató de la atención de la que mi madre estaba siendo objeto y le agradó la perspectiva de un yerno rubio como el sol y unos nietos que ella imaginaba con los mismos ojos celestes (idea cándida como ninguna otra: ignoraba el carácter genéticamente recesivo de los caracteres rubios en las uniones mixtas).

Cuando mi mamá se dio cuenta de la trampa en la que estaba a punto de caer ya era tarde. Su madre y sus hermanas habían decidido que ella debía casarse a toda costa con el impecable príncipe centroeuropeo que la cortejaba. Ella, que había aceptado por vanidad las gentilezas de mi padre, habría preferido unir su destino aventurero con el del joven comunista del que estaba prendadísima, pero un par de cachetazos la obligaron a entrar en razón: el ascenso social no se compara con ninguna campaña revolucionaria.

Por supuesto, todo era un gigantesco malentendido fundado en el prejuicio racial. La familia de mi padre no era ni remotamente rica y su prosperidad relativa se debía en realidad a la aplicación de las rígidas leyes de la economía doméstica protestante y al hecho de que aquellos inmigrantes se habían beneficiado en algún momento con las indemnizaciones que el gobierno alemán se vio obligado a otorgar a las víctimas de la guerra y del todavía escandaloso período que la precedió.

Hasta su muerte prematura, mi abuelo paterno fue chofer en turno nocturno de ómnibus de larga distancia, y en las sobremesas familiares siempre se murmuró que su predilección por una profesión tan insana como esa, que lo llevó a la tumba una mañana en que el corazón le explotó en mil pedazos mientras volvía a su casa, tenía su fundamento en la necesidad de alejarse del agrio carácter de mi abuela checa. Yo creo, por el contrario, que aquel muchacho que huyó de su Bavaria natal tenía el diablo en el cuerpo y no podía estarse quieto en parte alguna.